

# LOS ESPÍRITUS DEL HOGAR.

Por Léo Lespès.

(CONTINUA.)

PAULATINAMENTE y casi sin sentirlo, merced á una asistencia moderada y regular, Silvia vino á recobrar sus fuerzas: volvió á teñir sus labios el carmin de la salud, pero el buen humor no sembró en ellos sus preciosas sonrisas de antes. La desdichada jóven pasaba su vida leyendo todos los días la carta que le habia anunciado la muerte de su amante y dejando caer en el hogar, como un holocausto á su sombra querida las rutilantes lágrimas que se desprendian de sus ojos.

¿Creeréis quizá, Flavia, que ya no estaba yo enamorado? Desengañaos. No trato de venderme por mejor de lo que soy: tan enamorado estaba yo, que la amaba con todas mis potencias y sentidos. Admiraba yo aquella naturaleza, tesoro de afectos, aquella potencia de sentimiento, aquella lucha de la fuerza femenina contra una pasión cuyo objeto domina en la huesa. ¡Feliz, decia yo, feliz mil veces el que alcanza en vida estos portentos de ternura tan extremados por un difunto!

Pasáronse así dos meses, diciembre y enero. Durante este tiempo, y para no pedir en mi casa un suplemento de pensión cuya necesidad me hubiera sido imposible comprobar, mantúveme con pan y

agua, para poder socorrer á aquella cara criatura de quien Dios me habia hecho el único amparo: ¡oh! yo no me quejaba; aquel pan era el pan de los ángeles que me ofrecia la esperanza; era una especie de comunión con aquella alma tan delicada, sensible como una sensitiva; era un vínculo que me ligaba á ella, oculto bajo el velo discreto de la caridad.

Durante este tiempo la vieja ama de llaves se condujo con una discreción ejemplar: el terror supersticioso parecia haber cosido su boca, contentándose con ganar sin duda en los comestibles que compraba, percances que la mayor parte de los domésticos de París consideran como una renta muy lícita.

En la noche, luego que estaba ya encendido el hogar, Silvia cantaba á veces el *Canto de la Chispa*. Este era una melodía suave y viva al mismo tiempo, como ya lo tengo dicho, habiendo compuesto Alarico su música y su letra. Aprovechándome yo de mis conocimientos líricos, trascribí las notas que con tanta frecuencia oía, en la firme intención de sacar algun día partido de ello.

Al cabo de dos meses fui puesto en posesión de los bienes de mi madre, una de-

cena de mil francos<sup>1</sup> poco mas ó menos. Este aumento de renta le vi con suma alegría, mas por ella que por mí, pues iba á ponerme en estado de socorrerla mas eficazmente.

Una noche Matiana se puso á platicar con su ama.

—¿Qué trazas tengo! decia Silvia; mira qué ajado está mi vestido!

—Está como los enganchadores, dijo entre dientes la vieja; ya pide reemplazo.

—¿Y no tener yo dinero ni poder ganarle! Ahora que me acuerdo, ¿debo deberte muchísimo?

—¿Por qué?

—¿Pues no eres tú la que me has mantenido estos dos meses?

—¿Yo, señorita?

—¿Pues quién? y tengo que reñirte, pues tú te estás metiendo en muchos gastos, me haces comer á veces opíparamente, como una señora acomodada.....

—¿Oh! vos lo pagareis todo, señorita, de un golpe.

—¿Y cuándo?

—Cuando os caseis.

—¿Oh! ¿casarme yo?... ¡Nunca jamás!...

—¿Para qué es decir: De esa agua no beberé?.....

—Mira, Matiana, es inútil: si por casualidad álguien quisiese á la pobre criatura que sin padre ni madre no debe su existencia sino á la generosidad de su criada, yo le señalaría al hogar.... Ahí está mi esposo.... ahí está.... mírale, mira cómo me ve.... ¡Qué fea debe verme!.... ahora que ya no estoy compuesta.... Y sin embargo, Matiana, si lo estuviera yo; quisiera ser coqueta para él, para él solo. Cuando uno quiero agradar á los ángeles, es menester hacer por parecerseles en algo....

Matiana no dijo nada: pensó seguramente que el Espíritu del hogar podia ser generoso; pero tambien pensó sin duda

1 Dos mil pesos.

que era difícil cosa poner una gorra nueva ó un rico tocado en medio de las cenizas.

Yo, de mi lado, hacia las mismas reflexiones. Era en efecto de todo punto imposible introducir una gorrita de raso por el agujero oculto con la piedra del hogar, aun cuando no hubiera temido uno que se ensuciara.

Hice ánimo de arrostrar con lo que sucediese y desde el dia siguiente poner por obra un pensamiento que me habia ocurrido.

A la una del dia tocaron á la puerta de mi vecina: una modista entró con una caja de carton en la mano.

—¿A quién buscais?

—A la señorita Silvia Denesle<sup>1</sup>.

—Yo soy.

—Os traigo vuestra gorra.

—¿Mi gorra?

—Sí, señorita, la gorra que habeis mandado pedir á casa de Alejandrina y Beaudrand<sup>2</sup>. ¡Oh! es una verdadera alhaja. Acaba de mandarse una igual á la corte de Inglaterra.

Y la oficiala, poniendo su carton sobre la mesa, enseñó á Silvia un trabajo exquisito de seda, listones y flores.

—Os aseguro, señorita, que yo no he pedido nada; estais equivocada.

—Yo no sé, pero lo que os puedo decir es que ya está pagado. Por lo demás, si teneis algo que advertir, podeis dirigiros al almacén.

Y la *griseta*<sup>3</sup>, volviendo á tomar su caja vacía, se deslizó cantando y dejándose ir como un muchacho de escuela en vacaciones á lo largo del pasamanos de la escalera.

Apenas hubo desaparecido cuando se presentó la portera: llevaba una cara risue-

1 Denél.

2 Bodrán.

3 Oficialilla ó modistilla de medio pelo.

ña.... contra sus costumbres fisonómicas. Hizo tres reverencias á la *Pompadúr*, limpióse los piés con el mayor cuidado sobre la estera de paja, y luego puso junto á la gorra, que Silvia no había tocado, un bulto.

—Para servirlos, señorita, ¿cómo va de salud?

—Bastante bien, gracias. Pero ¿qué es eso?

—Para vos.

—¿Para mí? Y ¿de dónde viene eso?

—Yo qué sé, ¡Dios mio!

—¿Cómo! ¿me traéis esto y no sabéis quién lo manda?

—¡Vaya! Cataos que esta mañana entra un dependiente; me pregunta si vivís en la casa y me va tirando sobre la mesa un bulto, y se larga. ¿Qué quereis que yo sepa mas, vida mia, no siendo bruja?

Silvia desenvolvió el bulto: contenía un vestido de *gro de Nápoles* negro; un vestido de muselina de lana gris, color muy de moda en aquel tiempo; un chal de casimira muy sencillo, pero de excelente calidad y en fin otras cuatro ó cinco cosas de mediano valor y de una importancia secundaria en la grande teoría del tocado.

No os pintaré el asombro de Silvia. Por mas que buscó y rebuscó no halló el nombre de la persona que de esta suerte le mandaba regalos anónimos.

Nadie había que se interesase en su suerte hasta el punto de hacer por ella tan considerables gastos.... Aun no había vuelto de su sorpresa, cuando Matiana entró con una canasta de comestibles.

—¡Matiana, mira! dijo.

—¡Ah! dijo la vieja, ¡una gorra, un chal, unos vestidos! no me admira eso. ¿No hay otras cosas? ya que lo hace, debía dar

1 Tejido de seda, especie de tafetan.

un almacén entero, que no cuesta mas caro.....

—¿Qué quieres decir? exclamó Silvia.

—Nada, dijo entre dientes la vieja que acababa de cometer una inconsecuencia y comenzaba á echarlo de ver.

—¿Sabes tú de quién me vienen estas cosas?

—No, señorita.

—Si no me lo dices, las mando poner en parte segura y nunca las toco....

—¡Oh! no hagais eso, señorita; ¡seria la mayor locura del mundo!

—¿Locura? y ¿cómo lo sabes? esa gorra, esos vestidos, esas pañoletas, ese chal, todo eso no es mas que para vos.

—Puede ser; pero si viniese de manos de un hombre, de un extraño.... de un insolente que tratase de corromperme con regalos... No; no admitiré esos vergonzosos regalos, llévatelos léjos de mí.... No quiero guardarles aquí: prefiero mis harapos honrosos á ese lujo mal adquirido.

—Señorita, exclamó entonces; si os juro una cosa por la memoria de mi difunta hija, ¿me creeríais?

—Sí, Matiana.

—Pues bueno, esos regalos no pueden lastimar vuestra delicadeza.

—¿No son de algun rico libertino?

—No.

—¿Pues de quién?

—He jurado no decirlo; pero jamás el que os los da os hablará una palabra de ellos.

—¿Por qué?

—Porque es sordo y mudo, y nunca le podeis ver.

—Eso no me parece nada claro, dijo Silvia reflexionando: en resumidas cuentas yo no haré uso de nada de eso.

—Entonces quizá vais á apesadumbrar á alguno.

—¿A quién?

—Al Espíritu del hogar.

Silvia se estremeció.... No parecia sino que el corazón le había dado un salto en el pecho.... una sonrisa nerviosa agitó su boca.

—Tú que no lo creías, Matiana, ¿ya lo vas creyendo ahora? dijo.

—Y mucho.

—¿Y cómo haces para atribuir á ese espíritu celeste las cosas que me mandan?

—Yo no sé nada mas, murmuró la vieja; pero yo que vos, aceptaria sin abochornarme lo que la Providencia da. ¿Quién sabe si lo que nosotras llamamos casualidad no es el destino?....

Silvia ya no la escuchaba... le había cogido su manía.... el elemento fantástico dominaba en su imaginación, haciéndola admitir como ciertas todas las inverisimilitudes....

Púsose con donaire la gorra en la cabeza, quitó el crucifijo que ocultaba al espejo, miróse en él con agrado, luego preguntó á Matiana:

—¿Qué tal te parezco?

—Muy linda, señorita; parece hecho para vos.

—¿De veras?

—De veras; y luego, mirad, unos listones color de rosa, una legítima gorra de mujer rubia....

—En efecto; ahora démonos prisa en hacer estos vestidos nosotras mismas, para que pueda yo estar todavía hermosa para mi pobre amigo.

—¿Y saldreis por supuesto cuando esteis compuesta!

—¡Salir, Matiana! ¿y para qué?

—Primero, para tomar el aire, para fortaleceros con el ejercicio.... luego tambien para lucir vuestra gracia con esos preciosos trajes, vuestro talle tan fino, vuestro piececito tan pulido....

—Cállate, Matiana; no hables nunca de eso delante de mí si no quieres inco-

modarme: el sugeto á quien quiero yo agradecer no está fuera de aquí, no frecuenta ni las calles suntuosas ni los tontos pasos; él mora ahí, á mis piés, hecho el fiel custodio del lugar doméstico.

III.

Así pasaban los sucesos, cuando un incidente vino á trastornar todo el embeleso de aquella vida mística.

Una noche creí distinguir por entre la oscuridad dos individuos misteriosos paseándose por la *banqueta*, frente á frente de mi ventana. Ambos iban cubiertos con largas y oscuras capas y parecían tratar de excusarse de ser vistos. Uno de ellos era alto y esbelto, y de un andar elegante, tanto cuanto pude juzgar por entre la sombra de la noche: el otro, mas chico de cuerpo, parecia seguir con respeto á su compañero.... ambos, después de haberse paseado durante un rato se señalaron á las ventanas.

¡Eran las de Silvia!

¡No cabia duda! Mi bella y desdichada vecina era el blanco de sus tenebrosas maquinaciones: de seguro se tramaba algun designio perverso de que habia de ser víctima el reposo de ella.... Hice el ánimo de seguir hasta el fin mi papel de providencia incógnita y de velar sobre su defensa.

Con esto, luego que los dos extraños hubieron desaparecido por la esquina de la calle tras algunas palabras que se dirigieron, me propuse levantarme temprano el dia siguiente, para coger, si dable era, el hilo de la intriga.

Desde las cinco de la mañana, me puse en observación en el zaguan de la casa. No se pasó mucho sin que viera yo aparecer uno de los tunantes de la víspera...

y á merced de la luz que comenzaba á penetrar los velos de la noche, ví relumbrar

por entre su capa los galones de oro de una librea.

—¿Qué podía él andar buscando por allí tan temprano?

No podía yo tardar en saberlo.

Al opuesto extremo de la calle se presentó la vieja ama de llaves de Silvia: el sirviente se encaminó apresuradamente hácia ella en cuanto la vió.

—¿Vais á casa de vuestra ama?

—Sí.

—¿Vos guardais la llave de su cuarto todas las noches?

—Por de contado, para poder entrar sin incomodarla.

—¿Quisiérais tener diez luises de oro?

—Diez luises! ¡oh, cómo no! ¡el dinero anda tan escaso y los tiempos están malos!

—Pues ved, repuso el sirviente; podeis conseguir esos diez luises de oro.

—¿De veras?

—Y sin que os cueste nada: con que tengais un ligero descuido....

—¿Descuido!

—Sí, un descuidillo: no teneis mas que perder la llave que teneis en la mano.

—¿Perderla! y ¿para qué?

—Para que un señor que quiere hacer un servicio á vuestra ama pueda sin estorbo ninguno entrar hasta donde ella está.

La dueña se quedó mirando á la cara al lacayo sobornador.

—¿Y si fuérais ladrones! dijo ella.

—¿Ladrones! respondió echando una carejada su interlocutor: ¿qué ladrón da diez luises por una llave? Los ladrones rompen las puertas.

Conoció la vieja que esta razon era convincente hasta el punto de no tener réplica: púsose pues á ajustar sus cuentas

1 Cuarenta y ocho pesos.

en su estrecho cerebro, y de pronto exclamó:

—No, no, señor; nunca jamás meteré la mano en una vileza: no he de entregar yo á la señorita Silvia.

—Peor para ella.

—¿Para vos!

—No por cierto, pues mi amo es tan noble como generoso, tan rico como está enamorado. Vuestros escrúpulos, santa mujer, le quitarán su suerte á ella, una buena suerte y segura... un matrimonio, si á mano viene.

—Pero ¿por qué trata de entrar en su cuarto de parte de noche?

—Porque no ha querido contestar á ninguna de las cartas que le ha escrito pidiéndole una entrevista de dia.

—¿Cartas! dijo la sexagenaria dueña; ¿estais fresco! ¡Si las quema!

—Por lo mismo es fuerza entrar en su aposento sin que pueda impedirlo ella. Pero ya que os encaprichais vos en desechar estos doscientos francos.... á dios, pasadlo bien.

—Escuchad dos palabras, dijo entonces la horrible diabla.

Le Frontin se paró bambolecándose y puesto el puño sobre la cadera para cuadrarse en su librea.

—No estoy por perder la llave.

—Pues ¿qué?

—La dejaré por olvido pegada á la cerradura.

—Eso es.

—¿Estais conforme?

—¿Cómo no!

—¿Corriente! dijo ella adelantando la mano.

—¿Corriente! replicó el lacayo metiendo en la mano de la vieja las diez monedas de oro; hasta la noche á las doce.

Luego, con semblante de suma astucia, separóse de ella y se desapareció.

Ya no cabia la menor duda, ¡Silvia estaba vendida! vendida como Jesús ¡por oro! Yo juré velar sobre ella y defenderla de todo peligro.

Llegada la noche, me planté como siempre en mi tabique.... Cuando fué media noche ya Silvia estaba rato hacia durmiendo.

¿Cómo despertarla para mantenerla alerta? Púseme á meter mucho ruido en mi cuarto, volcando las sillas, golpeando contra el tabique, cerrando y abriendo estrepitosamente la ventana. Todo fué inútil, pues Silvia no recordó.

Dejéme caer despechado sobre mi sillón de cuero, pues sin remedio la pobre criatura seria sorprendida en su sueño por un enemigo desconocido; pero á poco, como si la Providencia hubiera venido á mi auxilio, ocurrióme una idea que me hizo cobrar nueva esperanza.

Hice memoria de la cancion del Espiritu del hogar, que tantas veces habia oido yo cantar, que yo tenia apuntada y que ejercia en el ánimo de Silvia una influencia tan melancólica: abalancéme al piano, y repasando con mis temblantes dedos las teclas, púseme á cantar:

Díme, chispa bulliciosa,

Que ora del fuego te alejas,

¿Qué quieres?

¿Adónde vas tan gozosa?

Y dí, pues la tierra dejas,

¿Quién eres?

¿Vas á albergarte en la altura

Junto á alguna amiga estrella,

Y de paso

Aumentar con tu luz pura

La luz de alguna centella,

Por acaso?

—¿Poderoso Dios! dijo Silvia incorporándose y saltando de la cama; ¡el Espiritu, oigo al Espiritu!

Tiempo era ya, pues por entre las tablas delgadas y hendidas comencé á oír por la escalera unos pasos de hombre.

—Ese canto, decia la jóven restregándose los ojos; ¿no estaré soñando? ¡De veras habrá sido? ¡oh! seguramente habrá sido una ilusion de mis sentidos adormidos, pues ¿quién ha de saberle y repetirle, ese canto del Espiritu que nadie ha podido oír!....

No bien hubo acabado de decir esto cuando se abrió la puerta: colóse un hombre en el aposento. Tenia este hombre los modales elegantes y audaces de un señor de calidad: su traje era rico y primoroso, su porte lleno de distincion, su sonrisa llena de sutileza.

—¿Quién sois? exclamó Silvia mas sorprendida que asustada de aquella repentina aparicion.

—Vengo á hablar con vos.

—¿Conmigo? ¿á estas horas? contestó ella componiendo los pliegues de su peinador que colgaba por el nacarado terciopelo de sus blancos hombros.

—He procurado penetrar hasta donde estais, de dia, y no he podido lograrlo.

—¿Retiraos, señor! yo no puedo recibirlos.

—Creo que mudareis de parecer cuando sepais quién soy yo.

—Pues ¿cómo os llamais?

—Me llamo de Beaulieu.

Silvia en cuanto oyó este nombre se encaminó apresuradamente hácia su nocturna visita y asíó afectuosamente una de sus manos.

—¿Con que sois el último amigo de Alarico, díjole ella, el que acabó su última carta? ¡Ah! quedaos, por favor, con su viuda desconsolada: ¡ahora ella es la que os ruega!

Beaulieu no se hizo de rogar mucho: arrimó un asiento junto al hogar, y pasó